

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Resucitado para nuestra justificación [Raised for our justification]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Blázquez, Ricardo
Publisher	Ediciones Encuentro
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-05 19:33:59
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/213577

estudios

Resucitado para nuestra justificación

por
Ricardo Blázquez

La resurrección de Jesús crucificado es el centro de la predicación apostólica. Este evangelio, anunciado de diversas formas desde el principio, en la medida en que era acogido por la fe actuaba como fuerza de salvación (cfr. 1 Cor. 15, 1 ss.). Jesús es la piedra desechada por los constructores que vino a convertirse en piedra angular, repetirá el Nuevo Testamento con las palabras del Salmo 118,22. La existencia humana y la historia se levantarán sólidamente si están edificadas sobre Jesús. Su nombre posee interiormente poder salvador que se comunica al ser invocado (cfr. Rom. 10, 9-13). Jesús es el Jefe que lleva a la vida (cfr. Act. 3, 14). Se quiso sepultar su palabra y su verdad, pero Dios la rehabilitó. La promesa hecha a los padres Dios la ha cumplido resucitando a Jesús (cfr. Act. 13, 32-44). Dios abrió hacia una esperanza que no quedó defraudada. La obra de Dios en Jesús no es solamente para los judíos sino también para los gentiles, y por eso la búsqueda de la divinidad, el sentido de la vida unas veces sospechado y otras presente en forma de vacío, tendían hacia la resurrección de Jesús (cfr. Act. 17,22 ss.). En medio de las tinieblas y sombras de muerte ha amanecido la luz de la vida. Antes del alba ha tenido lugar un nuevo comienzo del mundo y de la humanidad. La noche brilló como el día. La «noche» —símbolo del misterio de Dios y de la oscuridad del mundo— ha conocido el momento en que Jesús se levantó victorioso del abismo. El lenguaje de la resurrección de Jesús expresa desde el principio la sorpresa, el gozo, la recreación, la esperanza, el anuncio, la proclamación.

La realidad de este anuncio debió ser defendida también desde el principio y así en los relatos evangélicos de las apariciones del Resucitado encontramos rasgos de clara intención apologetica ¹. Y también hubo inicios y balbuceos de

¹ Cfr. P. Benoit, *Pasión y resurrección del Señor*, Madrid, 1971, p. 317.

alguna explicación teológica (1 Cor. 15,35).

En torno a la resurrección de Jesús desde un punto de vista sistemático se han ido individuando diversas cuestiones. Al recordar las más importantes señalaremos el lugar preciso de nuestro tema. Primeramente nos encontramos con la estructura de este acontecimiento, con *la realidad de la resurrección de Jesucristo*. Es un acontecimiento que arranca en el reino de los muertos y se consuma en la gloria del Padre; resucitó de entre los muertos y así entró en su gloria (cfr. Lc. 24,5.26). No es un retorno a la vida frágil y mortal (así no hubiera sido victoria sobre la muerte), sino glorificación, entrada en la vida inmortal. Por esta razón no es estrictamente hablando un acontecimiento histórico; trasciende a la historia, es del orden de la definitividad, es escatológico. En correspondencia con su realidad se comprende que tanto la representación como el lenguaje de la resurrección superen los de nuestro mundo. Para hablar de los acontecimientos primordiales el lenguaje mítico ha sido ampliamente utilizado; de forma semejante el lenguaje apocalíptico es el preferido para las realidades últimas². «Después» de morir ha «acontecido» «algo» a Jesús que llamamos «resurrección»; y no olvidemos que resurrección es una metáfora tomada del despertar del sueño. La resurrección acontece a impulsos de la exaltación y entra en contacto con la historia a través de las apariciones del Resucitado³.

Otra cuestión mayor y conectada con la anterior es la siguiente: *¿Cómo se percibe la resurrección de Jesús?* El Resucitado toma la iniciativa de salir al encuentro de sus discípulos dispersos; El se aparece y se deja ver; Dios le revela. Entre la forma anterior de existencia y la actual hay una sima infranqueable para el hombre; las relaciones anteriores con Jesús no pueden continuar de la misma manera⁴. En las apariciones se desvela la gloria de Jesús, su victoria sobre la muerte y su identidad última. En la resurrección, a la que interiormente pertenecen las apariciones, acontece la eclosión del misterio y de la historia de Jesús. Por esta razón a la totalidad de Jesús no se llega solamente a través del esfuerzo histórico y siguiendo un camino ascendente; se necesita recibir el mensaje del «angelus interpres» que junto al sepulcro vacío anuncie a los que buscan a Jesús entre los muertos: «Ha resucitado, no está aquí» (Mc. 16,6); se necesita ser visitado por Jesús desde la vida nueva; se necesita que Dios desde el más allá lo revele. Las apariciones son las manifesta-

² Cfr. K. Rahner, *Principios teológicos de la hermenéutica de las declaraciones escatológicas*, en: Escritos de Teología IV, Madrid, 1962, p. 411-439. J. Alfaro, *Escatología, hermenéutica y lenguaje*, en: Salmanticensis 27 (1980), pp. 233-246. P. Ricoeur, *Finitud y culpabilidad*, Madrid, 1969, pp. 447-464.

³ Cfr. H. Schlier, *Il misterio pasquale*, Milán, 1980, pp. 58-60.

⁴ Cfr. P. Benoit, o. c., pp. 288-289. G. Santayana, *Die Christuseidee in den Evangelien*, Munich, 1971, p. 174.

ción para la historia de lo acontecido a Jesús después de morir. Ahora bien, las apariciones del Resucitado no se destinan a todo el pueblo, «sino a los testigos que Dios había escogido de antemano» (Act. 10,41). El Resucitado se presenta en medio de los discípulos cerradas las puertas; y el miedo, la duda, el reconocimiento, la sorpresa, la alegría constituyen el ambiente del encuentro. Esto indica que incluso los beneficiarios de las apariciones reconocieron a Jesús no simplemente por los ojos de la carne sino por los ojos iluminados del corazón. La penetración del amor identifica pronto al Señor (cfr. Jn. 21,7). Santo Tomás con una frase lapidaria, que muchas veces no fue tenida en cuenta, afirmó que vieron al Señor «oculata fide»⁵. Si los ojos de la fe percibieron al Resucitado en aquellos encuentros fundacionales, la ley del origen será también norma para las generaciones siguientes. Al Resucitado no se demuestra, sino se muestra, testifica e irradia. Porque no sólo la fe sino también la mediación de los testigos privilegiados es insuprimible para nuestro acceso al Resucitado. A esta luz comprendemos que las apariciones formen parte de la «fundación de la Iglesia»⁶. La mediación eclesial se debilita en la medida en que para el acceso a Jesús se absolutiza la ciencia histórica, o en la medida en que el Señor resucitado se oscurece por el acento casi exclusivo en el Jesús de los caminos de Palestina, o en la medida en que la experiencia cristiana singular se desvincula de su lugar comunitario. En estas alternativas se decide el sentido profundo de la Iglesia como mediación para encontrar al Cristo viviente o queda reducida a una organización especialmente dedicada a mantener la vitalidad del cristianismo como oferta valiosa todavía para los hombres. La tensión entre Jesucristo resucitado y Jesús prepascual, entre narración del Jesús histórico por la ciencia histórica y acceso al Cristo viviente por la fe, entre espacio eclesial y encuentro personal... es connatural al cristianismo. La eliminación de uno de los polos descarga la tensión, y la resultante sería o un Cristo-mito o un Jesús recortado. Lo que algunos han llamado «punto focal» último o el centro del acontecimiento⁷, es decir el acto de Dios que resucita a su Hijo y que así vive después de la muerte, no puede ser demostrado con argumentos estrictos. Las apariciones, el sepulcro descubierto vacío, el anuncio de los testigos... son «signos» que encaminan y orientan hacia el centro. Sólo la fe afirma la indicación del signo, el más allá del signo, el término apuntado⁸. El encuentro con el Resucitado tuvo lugar en el

⁵ *Summa Theologiae* III, q. 55, a. 2, ad 1: «Los apóstoles... vieron a Cristo vivo después de la resurrección con fe ocular (o con los ojos de la fe)».

⁶ Cfr. K. Lehmann, *Zur theologischen Rede über Tod und Auferstehung Jesu Christi*, en: *Christologische Schwerpunkte* (hrsg. v. W. Kasper), Düsseldorf, 1980, pp. 129-130.

⁷ Cfr. X. León-Dufour, *Résurrection de Jésus et message pascal*, París, 1971, p. 255. H. U. von Balthasar, *El misterio pascual*, en: *Mysterium Salutis III/II*, Madrid, 1971, p. 276.

⁸ Los argumentos a favor de la resurrección se sitúan en la categoría de «signos» que induce

ámbito de la experiencia creyente. A Dios se le halla cuando es buscado con disponibilidad, apertura de espíritu y docilidad. «Amad la justicia, los que regís la tierra, pensad correctamente del Señor y buscadlo con corazón entero. Lo encuentran los que no exigen pruebas, y se revela a los que no desconfían» (Sab. 1, 1-2).

Por fin una tercera cuestión sobre la resurrección de Jesús es su irradiación hacia nosotros, su comunicación a los hombres, su «causalidad» salvífica. «Si no fuera más que un acontecimiento hermético cerrado en sí mismo, si no fuera causa, no presentaría interés alguno para el Apóstol, pues entonces se le antojaría vanidad»⁹. Para Pablo esta perspectiva es clara, y para nosotros continúa siendo su influencia sobre nosotros el centro de atracción de la resurrección de Jesús. No es un caso límite para nuestra agudeza intelectual o nuestra indagación curiosa; su significación soteriológica nos mantiene siempre vitalmente interesados en este acontecimiento. Por supuesto, la resurrección de Jesús antes de ser causa de nuestra salvación es exaltación de Jesús y glorificación de la justicia y de la fidelidad de Dios. Las dimensiones teológica y cristológica fundamentan su repercusión salvífica. ¿Nos alcanza y afecta la resurrección de Jesús o es un acontecimiento lejano e inaccesible? ¿Qué actitudes del hombre son receptivas de la existencia nueva de Jesús? ¿Qué mediaciones simbólicas representan para la fe la resurrección del Señor? ¿Qué transformación se opera en el hombre que se hace disponible a la fuerza de la resurrección y qué esperanza se abre en el Resucitado para la humanidad entera y su mundo? Al problema teológico sugerido por estas preguntas se dedican las reflexiones que siguen. Partimos de la Sagrada Escritura y nos detenemos especialmente en ella para prolongar su testimonio hasta nuestra situación. La Escritura es el «alma de la teología», su inspiración y base fundamental de su discurso. En nuestro tema se cumple de modo particular esta proposición: «Kerygma est initium, fundamentum et radix omnis theologiae»¹⁰.

desde fuera hacia la fe, cfr. S. Th. III, q. 55, a. 5. Tomás «vidit vulnera, et creditit Deo». Cfr. W. Kasper, *Jesus der Christus*, Mainz²1975, p. 166: En las apariciones «se trata de una experiencia acontecida en el interior de la fe».

⁹ M. Carrez, *La hermenéutica paulina de la resurrección*, en: La resurrección de Cristo y la exégesis moderna, Madrid, 1974, p. 72. Cfr. F. X. Durrwell, *La résurrection de Jésus mystère de salut*, Le Puy, 1963, p. 11. W. Künneth, *Theologie der Auferstehung*, München, 1968, pp. 154 ss. O. González de Cardedal, *Jesús de Nazaret*. Aproximación a la cristología, Madrid, 1975, pp. 199 ss.

¹⁰ G. Söhngen, *La sabiduría de la teología por el camino de la ciencia*, en: *Mysterium Salutis I/II*, Madrid, 1969, p. 1044.

1. «El último Adán es espíritu que da vida» (1 Cor. 15,45)

La resurrección de Jesús cambia radicalmente la situación de la humanidad. Con el acontecimiento de Jesús la historia de la salvación entra en la «etapa de la gracia», del cumplimiento irrevocable de la promesa de Dios, de la acogida del mundo en la misericordia divina. En la resurrección de Jesús se produce el giro de la historia, la inversión más trascendental, el cambio de edades. Entra el eón nuevo y el eón viejo se encamina a su fin. En virtud de la resurrección del Crucificado, la historia queda dividida en el pasado y en el presente, en el «antes» y el «ahora». Este cambio fundamental se supone cuando se trata de comprender la fuerza de la resurrección de Jesús desplegada en el hombre que cree. No son separables la situación general creada como oportunidad ofrecida a todo hombre en Jesucristo y la acogida personal e insustituible que se reclama de los hombres. El Reino de Dios anunciado como cercano por Jesús ha asumido la forma de su resurrección; en este sentido está a las puertas (cfr. Rom. 10,6 ss.) del mundo, pero las puertas del mundo están en el corazón del hombre¹¹.

¿Por qué la resurrección de Jesús es un nuevo camino abierto a la humanidad? La resurrección de Jesús no es un acontecimiento que afecta exclusivamente a El. Convicción central del Nuevo Testamento es que al resucitar Jesús se vence el poder de la muerte. Desde el reino de los muertos se levanta y abre para todos las fuentes de la vida; no sólo el personal morir de Jesús se supera, sino cambia la situación general del hombre ante la muerte. En la extensión de la victoria sobre la muerte acontecida en Jesús radica la significación central del cristianismo. Jesús resucitado es salvación y esperanza. No sólo fue un maestro, un reformador y un profeta; no sólo fue solidario con los excluidos de la cercanía divina y de la convivencia social; no sólo murió con admirable dignidad perdonando a los enemigos y confiando la vida a Dios su Padre; el secreto de Jesús está en que habiendo sido lo anterior fue levantado por Dios de la muerte como lugar donde revela su justicia y su misericordia. Jesús crucificado y resucitado es el único hombre en que se hace presente la victoria sobre la muerte. Al resucitar Jesús se engendra para todos los hombres la vida inmortal; al vivir El verdaderamente nace una posibilidad gratuita ofrecida a todos para vivir eternamente. El destino de uno ha cambiado el destino de todos. En esto consiste el anuncio apostólico. Ya es realidad la victoria sobre la muerte iniciada en la resurrección de Jesús y que será consumada al final. «La muerte ha sido devorada en la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el

¹¹ Cfr. R. Guardini, *Meditaciones teológicas*, Madrid, 1965, pp. 350 s.

pecado; y la fuerza del pecado, la Ley. Pero, ¡gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo!» (1 Cor. 15, 54-57; cfr. Rom. 8, 31-39; Heb. 2, 14-15). De esta radical y decisiva victoria sobre la muerte se hace eco dando gracias a Dios la liturgia: «Muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando restauró la vida»¹².

El que bendice a Dios por «la vida y el conocimiento» manifestados por medio de Jesús¹³ vive en una relación con Jesús que implica de forma nuclear todo lo que la fe de la Iglesia confiesa. La relación con Jesús está contenida en la relación con Dios, y aquella relación está edificada constitutivamente sobre la resurrección. El hombre está abierto a Dios y a una esperanza que va más allá de la muerte. Ambas realidades —Dios y resurrección— están íntimamente unidas para el hombre que cree y espera¹⁴. Sólo en Dios se puede esperar contra toda esperanza, ya que se define como el Dios que crea de la nada y despierta de la muerte. Pues bien, Jesús es el Hijo de Dios que conduce a la libertad de los hijos y es al mismo tiempo el hombre consumado en quien se hace presente y comunicable la vida nueva de la resurrección. Ser Hijo de Dios y personificación de la existencia nueva están estrechamente enlazados en Jesús.

La valencia universal de la resurrección de Jesús se hace comprensible en el texto apocalíptico en que fue leída. Para el final del mundo se esperaba el juicio y la resurrección general de los muertos. Con la hipótesis de una resurrección individual previa no contaba la expectación judía. De esta convicción hay muchos indicios en el Nuevo Testamento y en este marco fue interpretada la resurrección de Jesús. Lo que predicaban los apóstoles es que en Jesús ha tenido lugar la resurrección de los muertos, es decir lo esperado para el final ya es realidad en Él (cfr. Act. 4,3; 23, 6-8; 24,15.21). Se ve claro desde esta localización que resurrección de Jesús y parusía sean dos acontecimientos que en un principio casi se recubrían; el retraso de la parusía, por esta causa produjo inquietud en la Iglesia primitiva (cfr. 2 Ped. 3,1 ss). La resurrección de Jesús fue vista como la anticipación del fin y la posibilidad de participar desde ahora de la salvación última¹⁵. Este ámbito de significación queda asumido en la resurrección de Jesús. Con ella se confirma su palabra, se avala su comportamiento, se rehabilita su persona, se levanta su cruz, y además el mundo nuevo a través de Jesús entra en el mundo presente.

¹² Prefacio de la Misa.

¹³ Cfr. *Didajé* IX, 3.

¹⁴ Cfr. W. Pannenberg, *Was ist der Mensch? Die Anthropologie der Gegenwart im Lichte Theologie*, Göttingen, 1968, p. 33. R. Blázquez, *La resurrección en la cristología de Wolfhart Pannenberg*, Vitoria, 1976.

¹⁵ Cfr. U. Wilckens, *La resurrección de Jesús*, Estudios histórico-crítico del testimonio bíblico, Salamanca, 1981, p. 122.

En estrecha conexión con lo dicho está la concepción neotestamentaria de que Jesús ha resucitado como primicias. Resucita no sólo cronológicamente el primero (no olvidemos que la resurrección de Jesús difiere esencialmente de otras «resurrecciones» de que habla también el Nuevo Testamento), sino que teológicamente es el iniciador del mundo nuevo ¹⁶. «Cristo resucitó de entre los muertos como primicias de los que durmieron. Porque, habiendo venido por un hombre la muerte, también por un hombre viene la resurrección de los muertos. Pues del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo. Pero cada cual en su rango: Cristo como primicias; luego los de Cristo en su venida» (1 Cor. 15, 20-23; cfr. 1 Tes. 4, 14). En este sentido es el «primogénito de entre los muertos» (Col. 1, 18), es decir es el primero engendrado por Dios desde la muerte. Ser el primero equivale a preceder a los renacidos que le sigan; es abrir un paso antes intransitable y ahora vadeable para los que están unidos a El. En cuanto primogénito de los muertos es Cabeza de la Iglesia y en Dios principio del mundo nuevo. El primero dice aquí cualidad y autoridad, no sólo orden numérico y «primus inter pares». El «primogénito» indicaba jurídicamente, además de a aquel que abría el seno, al que era portador de la dignidad y derechos de primogenitura.

Lo mismo se afirma cuando a Jesús resucitado se llama nuevo y último Adán. «Si hay un cuerpo natural, hay también un cuerpo espiritual. En efecto, así es como dice la Escritura: Fue hecho el primer hombre, Adán, alma viviente; el último Adán, espíritu que da vida. Mas no es lo espiritual lo que primero aparece, sino lo natural; luego, lo espiritual. El primer hombre, salido de la tierra, es terreno; el segundo, viene del cielo. Como el hombre terreno, así son los hombres terrenos; como el celeste, así serán los celestes. Y del mismo que hemos llevado la imagen del hombre terreno, llevaremos también la imagen del celeste» (1 Cor. 15, 44-49). Adán, según la concepción de la llamada «personalidad corporativa» ¹⁷, precontiene en sus entrañas a la humanidad entera; la representa, y así con su conducta crea una situación general, un «existencial» para sus descendientes. «Por tanto, como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte y así la muerte alcanzó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron... Reinó la muerte desde Adán hasta Moisés aun sobre aquellos que no pecaron con una transgresión semejante a la de Adán, el cual es figura del que había de venir»

¹⁶ Cfr. H. Conzelmann, *Der erste Brief an die Korinther*, Göttingen, 1969, p. 317. «Jesús es el primero en la serie» y «el caso primero es constitutivo para los demás»; (cfr. Col. 1, 18; Act. 3, 15 y Heb. 2, 10).

¹⁷ Cfr. H. Mühlen, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, Salamanca, 1974, pp. 99 ss. J. de Fraine, *Adam und seine Nachkommen*, Der Begriff der «Korporativen Persönlichkeit» in der Heiligen Schrift, Colonia, 1962, pp. 199 ss. John A. T. Robinson, *El cuerpo*. Estudio de teología paulina, Barcelona, 1968.

(Rom. 5, 12.14). Todos los hombres llevamos la imagen de Adán, existimos bajo su signo: su vida frágil, su desobediencia, su destino de muerte, su temor, su irreconciliación interior. Pero Jesús como nuevo Adán cambia la situación de la humanidad; su vida supera por todas partes el pecado, y la vida en El es más potente que la muerte y su reino. «Pero con el don no sucede como con el delito. Si por el delito de uno solo murieron todos ;cuánto más la gracia de Dios y el don otorgado por la gracia de un solo hombre Jesucristo, se han desbordado sobre todos! Y no sucede con el don como con las consecuencias del pecado de uno solo; porque la sentencia, partiendo de uno solo, lleva a la condenación, mas la obra de la gracia, partiendo de muchos delitos, se resuelve en justificación. En efecto, si por el delito de uno solo reinó la muerte por un solo hombre ;con cuánta más razón los que reciben en abundancia la gracia y el don de la justicia, reinarán en la vida por uno solo, Jesucristo!» (Rom. 5, 15-17). Si en Adán participamos del soplo de la vida, en Cristo participamos del espíritu celestial. En Jesucristo ha sido ensanchado el horizonte de la humanidad, su destino cambiado, sus posibilidades desplegadas.

Jesús en la resurrección es el último Adán, espíritu que da vida. La dimensión universal, actual y vivificadora del Resucitado es inseparable del Espíritu. La conexión entre Jesús y los suyos se hace a través del Espíritu de Dios, que es el Espíritu de Jesús. «Vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros. El que no tiene el Espíritu de Cristo, no le pertenece; mas si Cristo está en vosotros, aunque el cuerpo haya muerto ya a causa del pecado, el espíritu es vida a causa de la justicia. Y si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros» (Rom. 8, 9-11)¹⁸. Jesús resucitado vive en el ámbito del Espíritu y así actúa (cfr. Rom. 1,4; 1 Tim. 3,16). Su existencia resucitada está determinada por el Espíritu. El Espíritu es el don escatológico, y la vida en el Espíritu es la vida de la nueva creación. En Pablo es tal la cercanía entre Cristo resucitado y el Espíritu que dirigirse a Cristo es entrar en el ámbito del Espíritu. El Espíritu es la fuerza creadora del Resucitado¹⁹. El Espíritu Santo, en cuanto Espíritu de Jesús resucitado, hace posible la comunicación de la

¹⁸ Cfr. H. Schlier, *Der Römerbrief*, Freiburg, 1977, p. 248 s. Cfr. G. Eichholz, *El evangelio de Pablo*. Esbozo de la teología paulina, Salamanca, 1977.

¹⁹ Cfr. E. Schweitzer, *πνεῦμα* en: TWNT VI, p. 414: «En Pablo el punto decisivo es la escatología. Con más claridad que sus predecesores, comprende él la muerte y la resurrección como la gran inversión y no sólo como encaminamiento a la parusía. En consecuencia debía considerar la vida en el espíritu como la vida de la nueva *παιδεία* (creación)»; p. 418: «(Pablo habla) del *πνεῦμα ζωοποιῶν* (espíritu que da vida), es decir de la fuerza creadora del Resucitado».

fuerza salvífica de la resurrección a los que creen. El Espíritu Santo es el elemento originario que crea la comunidad de los que creen en Jesucristo²⁰. «Sin (el Espíritu) Dios queda lejos, Cristo queda en el pasado, el Evangelio es letra muerta, la Iglesia es simple organización, una dominación la autoridad, una propaganda la misión, una evocación mágica el culto, y una moral de esclavos el quehacer cristiano»²¹. Sin el Espíritu todo es inerte. El Espíritu actúa en todas las formas bajo las cuales se comunica la salvación presente en Jesús crucificado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación: potenciando la Palabra del mensajero, abriendo el corazón del que escucha, apropiando a cada hombre el recuerdo y la gracia de Jesús, transformando los dones de la tierra en signos de salvación...

La participación del cristiano en el mundo nuevo a través del Espíritu está distendida entre lo ya acontecido y lo esperado. El cristiano vive de la experiencia y de la esperanza, de lo ya degustado y de lo prometido. Lo recibido es «arras» y garantía de la consumación. El Espíritu es prenda de nuestra herencia (cfr. 2 Cor. 1,22; Ef. 1, 13-14). Esta distinción entre lo iniciado y lo que será consumado es decisiva para la existencia humana. La tensión entre lo recibido y lo futuro hace que el cristiano viva entre el gozo y el temor, el agradecimiento y el esfuerzo. «También nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo. Porque nuestra salvación es en esperanza; y una esperanza que se ve, no es una esperanza, pues ¿cómo es posible esperar una cosa que se ve? Pero esperar lo que no vemos, es aguardar con paciencia» (Rom. 8, 23-25; cfr. Rom. 5, 1-11). El riesgo, la prueba, la lucha, la oscuridad, la paciencia... son insuprimibles de la vida del cristiano. No haber percibido esta dimensión fue el error de la comunidad entusiástica de Corinto; se creían llegados al término y estaban en camino; la exultación por la presencia del Espíritu no debe cegar al cristiano para descubrir la diaria tentación ni para olvidar que el Espíritu de Jesús conduce a revivir las actitudes del amor de Jesús, que no busca su interés, que no toma a cuenta el mal, que todo lo soporta²². Sólo en forma de promesa garantizada, de desasimiento permanente, de esperanza que no defrauda... estamos salvados. La salvación recibida continúa siendo don, y para el creyente singular don precario. Ni estamos en la consumación, ni estamos —para recordar otra tentación en la historia del cristianismo— en la posibilidad de unirnos «sustancialmente» con

²⁰ Cfr. F. Klostermann, *Prinzip Gemeinde*, Viena, 1965, p. 40.

²¹ Mons. Gazim, cit. por M.-D. Chenu, *Nueva conciencia del fundamento trinitario de la Iglesia*, en: *Concilium* 166 (1981), p. 340.

²² Cfr. E. Käsemann, *Sobre el tema de la apocalíptica cristiana primitiva*, en: *Ensayos exégeticos*, Salamanca, 1978, pp. 217-246. H. Schlier, *Über das Hauptanliegen des 1. Briefes an die Korinther*, en: *Die Zeit der Kirche*, Freiburg, ⁵1972, pp. 147-159.

Dios, sino a través de la fe, de los signos sacramentales, de la fidelidad siempre amenazada mientras estamos de paso²³.

2. «*El que está en Cristo Jesús es una nueva creación*» (2 Cor. 5,17)

La predicación de la resurrección de Jesús, que constituye el núcleo del anuncio apostólico, interpela al oyente y si responde creyendo se cumple la intención del mensaje (cfr. Act. 2,37 ss.). La fe en la palabra apostólica y la conversión al Dios vivo abren para el cristiano una nueva forma de existencia (cfr. 1 Tes. 1, 9-10). A otro modo de vivir en gozo, esperanza, comunión, confianza... son trasladados los que creen; del reino de las tinieblas pasan al reino de la luz (cfr. Col. 1,13). El ámbito del Espíritu de Jesús comienza a ser la atmósfera y el impulso vital del cristiano (cfr. Rom. 8,1 ss.; Gál. 5,13 ss.).

Para que el anuncio que la Iglesia continúa haciendo – sin duda a veces de forma tímida y encogida, no siempre con claro respaldo en la manera de vivir y con silencios intermitentes – para que ese anuncio resuene en el que lo escuche tiene éste que buscar el sentido de la vida con cabeza y corazón, con praxis de la justicia y hondura de espíritu; debe superar la vanidad por el ahondamiento, la distracción evasiva por la seriedad atenta, la dispersión hacia fuera por la unificación interior. El hombre derramado no crece hacia dentro; en el hombre superficial no se adentra la llamada de la existencia; en el hombre cerrado en sí mismo no se hace espacio la palabra de Dios.

La fe cristiana no es una ilusión proyectada hacia el vacío sobrecogedor. Está determinada como correlato por el poder, amor y fidelidad de Dios que resucitó a Jesús de entre los muertos. La actitud creyente del cristiano no es un autotrascendimiento del espíritu humano sin Trascendente. La fe no se crea el término. No es la postura quijotesca que hace de los molinos gigantes²⁴. La fe es actitud eminentemente receptiva, obediente, responsorial. Su receptividad, que no es igual que pasividad e inacción, es como el cuenco vacío en el que el hombre acoge el Espíritu de Dios creador de una humanidad nueva. «Si no resucitó Cristo, vacía es nuestra predicación, vacía también vuestra fe. Y somos convictos de falsos testigos de Dios que resucitó a Cristo, a quien no resucitó, si es que los muertos no resucitan. Porque si los muertos no resuci-

²³ San Juan de la Cruz, *Subida al monte Carmelo*, l. 1, c. 2,1: «... El medio o camino por donde ha de ir el alma a esta unión, lo cual es la fe». Cfr. P. Crisógono de Jesús, *San Juan de la Cruz, su obra científica y su obra literaria*, I, Madrid, 1929, pp. 319-352.

²⁴ Cfr. M. de Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho*, Madrid, 151971 passim.

tan, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana: estáis todavía en vuestros pecados» (1 Cor. 14, 14-17). Sin el correlato de la resurrección de Jesús la fe es pura proyección que es inoperante en la regeneración del hombre. Sin la realidad de la resurrección de Jesús la predicación es voz sin contenido y poder, y la fe es ilusión y simple función antropológica. Sin el frente a frente de la resurrección el perdón de los pecados (que no es el simple olvido por el paso del tiempo) y la existencia nueva se desvanecen y vienen a ser exultación inconsistente. La fe cristiana responde a la predicación del Evangelio, «que es una fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree» (Rom. 1,16). La fuerza de Dios se ha hecho presente, ha tomado cuerpo y se ofrece en el Resucitado constituido Señor de la vida y de la muerte (cfr. Rom. 14,15). El dinamismo escatológico de la resurrección se hace de salvación a través de la puerta de la fe. «Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo» (Rom. 10,9)²⁵. Resurrección de Jesús y justificación por la fe están en inseparable unidad. La inversión producida por Dios en Jesús según la cual la muerte se transforma en Vida llega en su radio de acción hasta el creyente. En contacto con el Resucitado se quiebra la muerte y su reino, y se siembra la vida inmortal²⁶. La resurrección de Jesús, llegada por la noticia de la predicación y recibida por la fe, comienza a superar la muerte y sus «existenciales» de temor, soledad, incomunicación (cfr. Heb. 2, 14-15). El renacimiento del hombre desde las raíces del corazón se inicia; y poco a poco surgirá un espíritu sin soberbia, unas entrañas sin maldad, una vida sin dureza, una mirada sobre el mundo purificada y sobre los hombres con misericordia²⁷.

La fe cristiana incardina al creyente en el mundo nuevo llegado de lo alto o del futuro absoluto en la resurrección de Jesús; pero Dios, revelado y comunicado como Padre en Jesucristo, es en el cristianismo también el término último. En el diálogo con judíos y musulmanes esta perspectiva es un fundamento unificador. Dios, en quien cree el cristiano, se define como el Dios y

²⁵ F. Mussner, *La resurrección de Jesús*, Santander, 1971, p. 188: «Es imposible admitir que para el Apóstol Pablo pueda darse la justificación sin la fe en el hecho de la resurrección de Jesús. El fundamento de nuestra afirmación estriba en que se da relación íntima entre la resurrección de Jesús y la salvación escatológica».

²⁶ H.-J. Kraus, *Auferstehung* III. in Israel, en: RGG³, col. 692: «La muerte es una esfera de poder que penetra y se extiende dentro de la vida».

²⁷ F. Mussner, o. c., p. 156: «Los hijos de Dios, a pesar de no llegada todavía la "redención del cuerpo", participan ya durante este eón de "la adopción filial", el Pneuma, que los hace hijos verdaderos». Cfr. H. Schlier, *De la resurrección de Jesucristo*, Bilbao, 1970: «Con la resurrección de Jesús de entre los muertos... ha cambiado también la situación fundamental del mundo y del hombre» (p. 53). «La resurrección de Jesucristo ha transformado también desde sus cimientos la existencia humana» (p. 57). Paz, perdón, reconciliación, vida, confianza, gozo, etc., son formas de esa transformación (pp. 57-68).

Padre de nuestro Señor Jesucristo (cfr. Ef. 1,3) y como Aquel que le resucitó de la muerte (cfr. Gál. 1,1). En esta perspectiva se comprende que el paradigma de la fe cristiana sea la fe de Abraham, el padre de los creyentes. Abraham es nuestro padre en la fe porque su camino fue un constante esperar contra toda esperanza y creer contra todas las constataciones. Se puso en camino obedeciendo y salió hacia la tierra de la promesa fiado en quien le llamaba. Creyó a Dios cuando se le prometió que de las entrañas estériles de Sara y de su propia ancianidad nacería un hijo. No fue éste fruto de la carne y de la sangre sino del poder de Dios y de su promesa fiel. La risa de Abraham no expresa incredulidad sino extrañeza ante la enorme promesa (cfr. Gén. 17,17), de modo semejante a como la pregunta de María no es expresión de duda sino de búsqueda ulterior de la voluntad de Dios (cfr. Lc. 1,34). La sonrisa de Abraham era en el fondo expresión de gozo por el día de Jesús, que es su auténtico descendiente (cfr. Jn. 8,56; Gál. 3,16). «El cual (Abraham), esperando contra toda esperanza, creyó y fue hecho padre de muchas naciones según le había sido dicho: Así será tu posteridad. No vaciló en su fe al considerar su cuerpo ya sin vigor —tenía unos cien años— y el seno de Sara, igualmente estéril. Por el contrario, ante la promesa divina, no cedió a la duda con incredulidad; más bien, fortalecido en su fe dio gloria a Dios, con el pleno convencimiento de que poderoso es Dios para cumplir lo prometido. Por eso le fue reputado como justicia. Y la Escritura no dice solamente por él que le fue reputado, sino también por nosotros que creemos en Aquel que resucitó de entre los muertos a Jesús Señor nuestro, quien fue entregado por nuestros pecados, y fue resucitado para nuestra justificación» (Rom. 4, 18-25)²⁸.

La fe de Abraham vive del poder de Dios que saca vida de la esterilidad, como llamó de la nada a lo que existe y como levantó a Jesús de la muerte (cfr. Rom. 4,17). Creyendo en el Dios que resucitó a Jesús somos hijos de Abraham por la fe; en este sentido pudo decir Pablo que anunciando a Cristo resucitado estaba sirviendo al Dios de sus padres (cfr. Act. 24, 14-16). Del mismo modo que la fe de Abraham es obediencia y glorificación de Dios, así la fe cristiana es teologalmente gloria, obediencia y culto a Dios (cfr. Rom. 1,5; Fil. 2,17). Sólo la actitud creyente reconoce a Dios como Dios, deja que Dios sea Dios, y confía en Dios como Dios. La fe no es control de Dios y dominio de sus caminos sino un remitirse confiado a El. Pablo opone, por ello, la fe a la ley como medio de salvación²⁹. El justificado por la fe sabe que la salvación es gracia; en cambio el cumplidor de la ley piensa que puede presentar derechos

²⁸ H. Schlier, *Der Römer-brief*, p. 136: «La promesa de Dios a Abraham se ha cumplido aquí, y “nuestra” fe acoge la promesa cumplida en el acontecimiento de la resurrección de Jesucristo de entre los muertos».

²⁹ Cfr. E. Schillebeeckx, *Christus und die Christen*, Freiburg, 1977, pp. 112-122.

incluso ante Dios. En lugar de clavar los pies en el suelo sin fiarse de nada y de nadie, el hombre de fe se deja guiar y vive su existencia desde el Otro, que es radicalmente el centro. El creyente es siempre un hombre en camino, buscando la patria, viviendo en precario, apostando por el futuro absoluto, reconociendo que su existencia está sostenida por la gracia de Dios.

En la fe de Abraham hay un tercer momento (además de la salida de su tierra y de la esperanza en el hijo prometido): en el monte donde Dios proveerá si le pide sacrificar al hijo recibido como un milagro. Así comenta Heb. 11, 17-19 la actitud de Abraham en nuestra nueva situación: «Por la fe Abraham, sometido a la prueba, presentó a Isaac como ofrenda, y el que había recibido las promesas, ofrecía a su unigénito, respecto del cual se le había dicho: Por Isaac tendrás descendencia. Pensaba que poderoso era Dios aun para resucitar de entre los muertos. Por eso lo recobró para que Isaac fuera también figura». El último asidero de Abraham está en reconocer a Dios también el poder de resucitar de entre los muertos.

Toda fe auténtica tiene que ver con el reconocimiento del poder resucitador de Dios. Dejado el hombre a su suerte, las sombras de la muerte oscurecen su vida; confiado a Dios el hombre, las sombras comienzan a ser iluminadas. La muerte, toda forma de muerte y todo lo que lleva la marca de la muerte es vencida por Jesucristo en aquel que cree en Dios omnipotente. Si la esterilidad de Sara fue una especie de muerte; también el trabajo está relacionado con la muerte en la que incurrió Adán (cfr. Gén. 3, 17-19)³⁰; amar al enemigo es vencer la muerte y entrar en la vida (cfr. 1 Jn. 3, 11 ss.); asumir las «disminuciones» de la existencia es reconciliarse con el desmoronamiento del hombre exterior y renovarse por dentro de día en día (cfr. 2 Cor. 4, 16); la insuprimible precariedad e inseguridad de la vida puede ser aceptada en la fe de que del mañana se preocupa el Padre del cielo (cfr. Mt. 6, 25 ss.); la división interior que atraviesa el corazón del hombre puede ser unificada por medio de nuestro Señor Jesucristo (cfr. Rom. 7, 14-25); las amenazas constantes de la vida por el pasado, presente y futuro, por las fuerzas insondables y anónimas son vencidas con la fuerza de Dios y la intercesión de Jesús resucitado y sentado a la derecha del Padre (cfr. Rom. 8, 31-39).

La fe cristiana, que es imitación de la fe de Abraham, está en estrecha conexión con la resurrección de Jesús y con el Dios que le resucitó. Es la actitud fundamental a través de la cual se comunica la resurrección. La resurrección de Jesús no aconteció sólo «ad fidei nostrae instructionem» sino para dar contenido y poder a la fe, y no sólo «ad sublevationem nostrae spei» sino para reengendrar a la esperanza³¹.

³⁰ Cfr. *Laborem exercens*, n.º 27.

³¹ Cfr. S. Th. III, q. 53, a. 1.

La fe cristiana desemboca en la *esperanza*, ya que el Resucitado y el Fin están unidos. Jesús es el Mesías en una identificación que abarca lo acontecido ya y el futuro de Jesús³² todavía por llegar. La fe sin esperanza es pusilánime y la esperanza sin fe está desfundamentada. «Sin el conocimiento de la fe, fundado en Cristo, la esperanza se convierte en utopía que se pierde en el vacío. Pero sin la esperanza, la fe decae, se transforma en pusilanimidad y, por fin, en fe muerta»³³. La relación entre la fe y la esperanza corresponde al acontecimiento de Cristo que es indivisiblemente cumplimiento y promesa.

La esperanza se engendra en la resurrección de Jesucristo. «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien, por su gran misericordia, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha reengendrado a una esperanza viva, a una herencia incorruptible, inmaculada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, a quienes el poder de Dios, por medio de la fe, protege para la salvación, dispuesta ya a ser revelada en el último momento» (1 Ped. 1, 3-5; cfr. Ef. 1, 15 ss.). El hombre es constitutivamente «espera», tensión al futuro, apertura a unas posibilidades escondidas. Pero por la bondad de Dios al participar en la resurrección de Jesús —anticipo y garantía del mundo nuevo— el que naciendo tenía un horizonte de esperanza ha sido reengendrado para poder esperar en otro horizonte, en un horizonte infinitamente alargado hacia una herencia incorruptible en los cielos. Hemos nacido como hombres para esperar con atrevimiento y hemos renacido como cristianos para esperar contra toda limitación. La utopía humana es el órgano de la revolución; la esperanza cristiana es el órgano de la nueva creación. De las posibilidades latentes en el hombre y en el mundo puede salir lo que todavía no es, el «novum»; pero del hecho de que nuestra vida está escondida con Cristo en Dios (cfr. Col. 3,3) está garantizada la novedad absoluta y fundada la aspiración suprema.

La esperanza tiene también una dimensión comunitaria; un proyecto común concita los esfuerzos y la esperanza de muchos. En este sentido el cristiano debe introducir su esperanza como un germen en este mundo; debe esperar a favor de la humanidad y contagiar su esperanza³⁴. La Iglesia está llamada a ser sacramento de esperanza. Frente al hombre que prefiere «ser circunspecto y no esperar» (A. Camus); frente al impaciente que no conoce las lentitudes del espíritu humano y desearía ver la plenitud aquí y ahora; frente al

³² F. Mussner, o. c., p. 151: «Jesús como y en calidad de Cristo logrará su plenitud salvífica en su segunda venida cuando se presente, saliendo de su escondimiento, como Señor absoluto de la creación». J. Moltmann, *Teología de la esperanza*, Salamanca, 1969, p. 265: «Todos los títulos que se adjudican a Cristo representan en este sentido una anticipación mesiánica». Aquí está la perspectiva de una cristología elaborada en diálogo con el judaísmo.

³³ Moltmann, o. c., p. 26. Cfr. J. Alfaro, *Esistenza cristiana*, Roma, 1975, p. 153.

³⁴ Cfr. Alfaro, o. c., pp. 170 ss.

atrapado en el pasado porque escépticamente piensa que «nada hay nuevo bajo el sol»; frente al desalentado cuyas rodillas vacilan por la dureza del camino; frente al desencantado porque experimenta que todo hombre es falaz; frente al que se automargina porque concibió unos sueños de ilusión; frente al que no integra en actitud adulta la insistencia en la lucha, el realismo de la historia y la mirada tendida sin desmayar hacia el futuro; frente al que el fracaso y el desengaño han cegado las fuentes del corazón; frente al que el resentimiento esteriliza su vida hacia fuera por la agresividad y hacia dentro por la amargura; frente al que el roce diario ha hecho resabiado; frente al que la esperanza se le queda en deseo pues no trabaja en el sentido de lo que espera...; frente a tantas enfermedades de la esperanza el cristiano, que hunde sus raíces en el Resucitado, que sabe que la resurrección se inició en la muerte y se consumó en los cielos, debe manifestar que la esperanza es parte de su identidad. La esperanza cristiana es una actitud compleja que contiene muchos ingredientes: confianza, «agresión» y paciencia («sustine et aggredi»), gozo y trabajo, lucha y humildad³⁵. La esperanza cristiana que vive del futuro de Dios puede también impulsar al hombre para acometer su futuro previsible y para planificar un mundo más humano, más digno y más solidario³⁶.

Según el Nuevo Testamento también la creación es introducida en el dinamismo de la esperanza. «Porque estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros. Pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios. La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto» (Rom. 8, 18-22). La creación siguió el destino del hombre en la vanidad del pecado, produjo cardos porque los había en el corazón del hombre, y seguirá su destino en la gloria de la salvación. Habrá unos cielos nuevos y una tierra nueva. Esto significa que aquí y ahora el mundo está abierto porque está destinado escatológicamente. El cristiano frente a tanta intoxicación y adulteración, frente a tanta amenaza de destrucción, frente a tanta manipulación y profanación... se atreve a esperar una tierra nueva en que habite el conocimiento de Dios, la justicia, la paz originaria y la pureza de la creación divina.

La esperanza en el corazón del hombre, de la humanidad y de la creación es

³⁵ Cfr. R. Bultmann, *επιξ*, en: TWNT II, pp. 527 s.

³⁶ J. Moltmann, *Esperanza y planificación del futuro*, Salamanca, 1971, p. 418: «Donde no hay una esperanza despierta y vigilante, no hay estímulo para la planificación»... «Donde no hay planificación no hay esperanza realista».

una esperanza que todavía gime. «Y no sólo ella (la creación); también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo. Porque nuestra salvación es en esperanza; y una esperanza que se ve, no es esperanza, pues ¿cómo es posible esperar una cosa que se ve? Pero esperar lo que no vemos, es aguardar con paciencia» (Rom. 8, 23-25). Nos encontramos en el camino donde puede vencernos o la añoranza de Egipto o el cansancio de la marcha o la llamada de la tierra prometida.

La resurrección de Jesús también se relaciona y comunica al hombre a través de la tercera actitud fundamental cristiana: el *amor*. En el amor cuajan la fe y la esperanza, y es la síntesis del modo cristiano de vivir (cfr. 1 Cor. 13; Gál. 5,6.14; Rom. 13, 8-10; Mt. 22, 34-40).

La comunidad primera, que recibió el Espíritu del Resucitado, vivía unida (cfr. Act. 2, 42-47; 4, 32-33; 5, 12-16). El amor sencillo, gozoso y solidario es un signo de la entrada en el mundo del Resucitado. «Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos. Quien no ama permanece en la muerte» (1 Jn. 3,14). La luz de la vida que ilumina las tinieblas del odio es el amor. Donde existe el odio hay muerte y oscuridad. En el origen de este amor está la inefable inclinación de Dios que nos amó primero (cfr. 1 Jn. 4,7 ss.); así el que ama ha nacido de Dios (ib. v. 7). En la realización de este amor está la entrega del Hijo que nos amó hasta la muerte y que así nos ha dado otro principio de vida (cfr. Gál. 2, 19-21); no es ya en la ley sino en la fe, no es ya en la carne sino en el Espíritu, no es ya en la «independencia» sino en la «inmanencia» de Cristo en nosotros donde se halla el verdadero vivir.

A Jesús glorificado a través de la muerte y de la resurrección se le testifica y reconoce en el amor sacrificado y en la unidad del Espíritu (cfr. Jn. 13, 34-35; 14, 15-17, 23-26; 15, 12-13; 17,23). Jesús que manifestó el amor de Dios a justos y pecadores (cfr. Mt. 5,45), que murió por los alejados y enemigos (cfr. Rom. 5,8) es manifestado en el perdón que se ofrece generosamente a todos. El perdón recibido de Dios da la posibilidad de amar creativamente, es decir de perdonar al enemigo. Jesús, el Hijo del hombre a quien en su glorificación Dios concedió el poder juzgar, realizará el juicio según lo que se hizo por los débiles, pobres, marginados... a los que constituye una especie de sacramento de su presencia (cfr. Mt. 25,31 ss.). Sólo el amor permanece en los cielos. La fe y la esperanza son actitudes exclusivas del hombre peregrino; son incompatibles con el término y el encuentro definitivo (cfr. Rom. 8,24; 1 Cor. 13,8).

Hay una forma de mediación de la resurrección que podríamos situar en la confluencia de la fe, esperanza y amor vividas con un matiz peculiar: la *existencia apostólica*. En el apóstol que creyó y por eso habla, que esperó y por eso se confía al poder de la Palabra, que amó y por eso como una madre entrega su propia vida al servicio de los que escuchan (cfr. 1 Tes. 2,1 ss.) se

hace presente la muerte y resurrección de Jesús. «Pues el mismo Dios que dijo: de las tinieblas brille la luz, ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo. Pero llevamos este tesoro en recipientes de barro para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros. Atribulados en todo, mas no aplastados; perplejos, mas no desesperados; perseguidos, mas no abandonados; derribados, mas no aniquilados. Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Pues aunque vivimos, nos vemos continuamente entregados a la muerte por causa de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De modo que la muerte actúa en nosotros, mas en vosotros la vida» (2 Cor. 4, 6-12). La vida del apóstol es como un continuo milagro; a pesar de que cada día hay razones sobradas para extinguirse, el poder de Dios la mantiene. En esta forma de vivir amenazada y rescatada se refleja el poder de Dios. La fuerza potente del Espíritu que actúa en la palabra débil y estúpida de la predicación (cfr. 1 Cor. 1,18) se hace también elocuente en el apóstol tan frágil y al mismo tiempo tan fuerte.

3. *Iniciados en los sacramentos pascuales*

La fe cristiana no es solamente un movimiento del espíritu del hombre que ante la predicación evangélica invoca al Señor, recibe el Espíritu y se vuelve a Dios, sino tiende al *bautismo* como a su sello y a la agregación en la Iglesia como a su ámbito propio (cfr. Act. 2, 37-41)³⁷.

El bautismo está en estrecha conexión con la muerte y resurrección de Jesús. Es un rito simbólico de descenso a las aguas y de subida de ellas en las que se representa (*δμοιωμα*) la muerte de Jesús como bajada al abismo y su resurrección como salida del sepulcro. No es una pura imitación exterior; en el mismo acontecimiento bautismal se hace presente la muerte de Jesús como muerte al pecado y la resurrección de Jesús como nacimiento a una vida nueva³⁸. «Ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte». Fuimos, pues, con Él sepultados por el bautismo de la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva. Porque si nos hemos hecho una misma cosa con Él por una muerte semejante a la suya, también lo seremos por una resurrección semejante; sabiendo que nuestro hombre viejo fue crucificado con él, a fin de que fuera

³⁷ Cfr. I. de la Potterie-S. Lyonnet, *La vida según el espíritu*, Salamanca, 1967, pp. 113-174 (este artículo es del I. de la Potterie).

³⁸ Cfr. L. Ligier, *De sacramento baptismi*, Roma, 1968, pp. 104-106.

destruido este cuerpo de pecado y cesáramos de ser esclavos del pecado. Pues el que está muerto, queda liberado del pecado» (Rom. 6, 3-7). La unión simbólica es una unión real y reclama una forma concreta de vivir. El bautismo no es un rito vacío; es un encuentro entre el bautizado y Jesucristo resucitado de la muerte. Es un baño de regeneración y de renovación en el Espíritu Santo (cfr. Tit. 3,5); es una inserción en el amor sacrificado, creador y redentor de Jesús hacia la iglesia su esposa (cfr. Ef. 5, 25-27). Por el bautismo se ha producido una simbiosis entre el destino de Jesús y el destino del cristiano; la muerte de Jesús, su resurrección, su sesión a la derecha de Dios en los cielos son acontecimientos abiertos también al bautizado (cfr. Ef. 2, 4-6; Col. 2,12). Es un baño que purifica la conciencia (cfr. 1 Ped. 3,21) y que renueva el corazón (cfr. Ez. 36, 25-28). Es un nacer nuevo de lo alto (cfr. Jn. 3,3 ss.).

El bautismo introduce en un orden nuevo de existencia determinada por el Espíritu, que debe traducirse como un caminar en novedad de vida o como un vivir según el Espíritu. La moral cristiana es ética de hombres regenerados por el baño del bautismo, de personas iluminadas en Jesucristo y de renacidos por el Espíritu. De este acontecimiento, no simplemente transcurrido en la carne sino como circuncisión del corazón (cfr. 2 Cor. 5, 16-17; Gál. 5,6; 6,15)³⁹, surge la posibilidad y brota la exigencia de vivir como hijos de la luz y de revestirse de Jesucristo el Hombre nuevo (cfr. Col. 3,10.12). La posibilidad viene dada por el perdón de los pecados, cuya oferta se hace después de anunciar la muerte y resurrección de Jesús (cfr. Act. 13, 32-39). Y la vida nueva o la vida en el Espíritu consiste en el amor entrañable, la paz, el servicio, la bondad... (cfr. Col. 3,12 ss.; Gál. 5,22 ss.). El perdonado puede también perdonar y debe perdonar pasando por encima de la «muerte» que el enemigo le infiere.

El bautizado es por ello un hombre nuevo y con capacidad para lo nuevo. No es sólo el restaurado y restituido al paraíso perdido, sino el transferido al cielo abierto con Cristo vencedor⁴⁰. Es un hombre para quien el envejecimiento del corazón, el desmoronamiento exterior, la añoranza del pasado, la querencia de edades de oro pretéritas no deben ser más fuertes que la llamada del futuro, la renovación del espíritu y la búsqueda de la patria. El bautizado ha entrado en la ciudadanía de los santos. El cristiano se distingue del pagano porque espera (cfr. 1 Tes. 4, 13-14).

El Resucitado se ha manifestado en ámbitos entrañables para El y para los discípulos. Los de Emaús le reconocieron al partir el pan (cfr. Lc. 24,30 s.)⁴¹;

³⁹ Cfr. J. D. G. Dunn, *Jesús y el Espíritu*, Salamanca, 1981, pp. 498-504.

⁴⁰ Cfr. K. Rahner, *Auferstehung Christi IV*, en: LTK 1, cols. 1040 s.

⁴¹ Cfr. P. Benoit, o. c., p. 311: «Lucas quiere hacernos pensar en la Eucaristía y enseñarnos que en esos gestos fue reconocido Jesús».

María le descubrió cuando le llamó por su nombre (Jn. 20,16); junto al lago de Tiberíades, lugar de tantas fatigas y viglias, prepara a sus amigos «unas brasas y un pez sobre ellas y pan» (Jn. 21,9). Estas comidas pascales, igual que sus comidas anteriores con los pecadores y su última cena de despedida ante la muerte resuenan en la *Eucaristía* de la Iglesia, en la «partición del pan» (cfr. Act. 2,46). Con gozo escatológico, con sencillez de corazón y en familia la comunidad primera se reúne para comer el pan sagrado en la presencia del Señor viviente. La eucaristía es un lugar privilegiado de actuación y comunicación de la resurrección de Jesús. Por su Espíritu está en medio de los suyos, se hace memoria de su muerte, se proclama su resurrección garantía de su retorno y el pan y la copa compartidos nos dan parte en la vida eterna.

La eucaristía de la Iglesia se vincula particularmente a la cena última antes de padecer. El marco pascual judío en que fue celebrada otorga el contexto básico de significación (cfr. Lc. 22,1). Ya no es simplemente el pan de la esclavitud padecida en Egipto y la copa de la bendición y de la libertad lo que se toma, sino se comunica en el cuerpo de Jesús entregado a la muerte y en la copa de su sangre, que es el paso a un mundo nuevo. Es una cena de tránsito de este mundo al Reino de Dios (cfr. Lc. 22, 14-20). Al sentarse a la mesa de este banquete pascual se contacta con la entrega de su muerte y con la vida nueva de la resurrección. «Cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga» (1 Cor. 11,26). En este contexto celebrativo era especialmente vivo el deseo del retorno del Señor. «Marana tha» es un grito de esperanza que clama por la venida del Señor (cfr. 1 Cor. 16,22; Apoc. 22,20; Didajé X,6)⁴².

Por ser la eucaristía un banquete pascual se comprende que este alimento sea germen de resurrección. «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día» (Jn. 6,54 y además cfr. vv. 34, 39, 47, 51, 57). El cuerpo y la sangre de Jesús, recibidos con fe, son prenda de inmortalidad. El Hijo de Dios, en quien estaba la vida (cfr. Jn. 1,4), encarnado y glorificado se convierte en fuente inagotable (cfr. Jn. 7, 37-39) que llega hasta el corazón que cree y salta hasta la vida eterna (cfr. Jn. 4,14). El gran signo de la resurrección de Lázaro atestigua que Jesús es la resurrección y la vida: «Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre» (Jn. 11, 25-26). En Jesús está la resurrección y de ella participa el que «va» a El, el que cree en El y el que recibe su cuerpo y su sangre como el definitivo alimento.

La memoria de la muerte de Jesús en la celebración eucarística es para la Iglesia la suprema oportunidad de asumir su debilidad y sus tribulaciones y ponerlas en contacto con la fuerza y la esperanza que irradia la resurrección.

⁴² Cfr. O. Cullmann, *Christologie du Nouveau Testament*, Neuchâtel, 1966, pp. 180-184.

Una Iglesia que celebra la cena del Señor y el misterio de su pascua no es una Iglesia abatida, sino fuerte en su fragilidad. Recordando a Jesús crucificado se le debe iluminar su sufrimiento y su proexistencia a favor del mundo; y anticipando su consumación se le debe robustecer la esperanza y la fidelidad. Celebrar la eucaristía es profesión de fe, ejercicio de esperanza, y fuente de servicio a los hombres y de unidad eclesial.

La resurrección de Jesús en la fuerza del Espíritu se hace presente y se comunica a través de las actitudes de fe, esperanza y amor; se despliega en la existencia apostólica; y se hace signo salvífico de regeneración en el bautismo y de alimento imperecedero en la eucaristía.

Nota biográfica

Ricardo Blázquez Pérez, nació en Villanueva (Avila) en 1942. Ordenado sacerdote en 1967. Decano y profesor de teología en la Universidad Pontificia de Salamanca. Autor de: *La Resurrección en la Cristología de W. Pannenberg*, Vitoria, 1977. Miembro del Consejo de redacción de nuestra revista.